

La calle
Agustín Lara
Diario de un espectador
por miguel ángel granados chapa

para el martes 4 de marzo de 2008

Por la reseña escrita en Hoja por hoja, el suplemento de libros que Reforma publica el primer sábado de cada mes, por Jorge F. Hernández, tomamos nota de que circulan dos libros sobre Agustín Lara. Se trata de sendas biografías que, al parecer, se defienden de la eventual falta de rigor que se les pueda atribuir, presentándose como novelas. Como es comprensible en tratándose de uno de los compositores que mayormente han contribuido al gusto musical y aun a la educación sentimental de varias generaciones, los títulos se refieren directamente a canciones de Lara. Solamente una vez se llama el libro de F.G. Haghenbeck, y María del alma el que escribieron Pilar Tafur y Daniel Samper Pizano.

El primero, de acuerdo con la lectura que hizo Hernández “conjuga una abundancia de datos vertidos en forma novelada, como ventana íntima que se concentra en los años finales del fantasma llamado Agustín Lara, la última relación con su quizá última musa, llamada Rocío...todo sobre un pentagrama invisible de depresiones acumuladas, celos y recelos y los humos del alcohol, esos otros humos que se infiltran en casi todas sus canciones. El autor seduce a sus lectores con la atrevida andanza de un periodista que pretende entrevistar a Agustín Lara en lo que parece un a misión imposible, hasta que el fantasma encuentra una sintonía, una coincidencia que permite tejer el hilo de la narración”.

El libro de Tafur y Samper lanza una verdad anticonvencional sobre la inspiradora de María Bonita. Todo el mundo, el propio autor y desde luego María Félix, sostuvieron y han sostenido que ella fue la musa de esa canción, que le fue compuesta como parte del método de conquista o durante su breve y no sereno matrimonio. Pero los autores, poniendo la versión en boca de un imaginario secretario particular de Lara, que es la voz narrativa de su libro, aseguran que la pieza, una de las más conocidas del músico-poeta, “es una elegía a María Rosa Callejas, cantante española que fue su amor loco, su pasión imposible”.

De haber conocido esa especie, es seguro que La Doña montara en cólera, pues para ella fue timbre de gloria ser la protagonista del momento en que “la luna que nos miraba se hizo un poquito desentendida, y cuando la vi escondida, me arrodillé a besarte y así entregarte toda mi vida”. Hace ya muchos años, tuvimos la ocasión de cantarla con ella, en una reunión bohemia efectuada en casa de esos magníficos anfitriones que son Patricia Galeana y Diego Valadés, en que participaron también los abogados Ignacio Burgoa y Jorge Carpizo, así como Manuel Camacho, que era entonces jefe del Departamento del Distrito Federal. El motivo o pretexto de la reunión era que la hasta entonces inequívoca María del alma determinara el sitio de la ciudad de México donde se erigiera un monumento a quien fue su marido.

“No puedo afirmar —concluye Hernández su reseña—que con la publicación de estos dos libros quede saldado el retrato fiel de Agustín Lara y no puedo tampoco engañarme como lector con la afirmación de que se trata de dos libros indispensables para conocer al llamado músico poeta, pero no niego la sincera utilidad que tienen estos volúmenes como fermento y aliento para un empeño insoslayable: por cualesquiera medios y modos posibles, hay que intentar retratar al fantasma, para que sus canciones no se pierdan en el silencio, para que confirmen la absoluta vigencia de sus palabras y la magia intemporal de su música; para que no desdeñemos el humo entrañable de las nostalgias, todo el encanto de tiempos ya pasados, todas las palabras que se decían los enamorados de todos los tiempos...para que hoy mismo un joven anónimo que llora un desdén contundente o una pareja adolescente que no sabe bien qué decirse tengan el testimonio fehaciente de una ilusión ”

Tomás Granados Salinas
Director general